

La juventud radical y la conformación del Movimiento de Intransigencia y Renovación¹

Sebastián Giménez*

Resumen

¿Qué posturas tomaron los partidos políticos en el momento de los orígenes del peronismo? Durante mucho tiempo tendió a considerarse, tanto desde la academia como desde la mirada retrospectiva hecha por distintos sectores políticos, que en la coyuntura posterior al golpe militar de junio de 1943 las fuerzas partidarias habrían estado todas envueltas en un anacronismo cerril que no les permitió distinguir lo que había de retrógrado en el gobierno militar, de aquello que éste tenía de progresivo, sobre todo en relación a las políticas sociales. De esta manera, tendieron a pasarse por alto tanto las diferencias entre los distintos partidos políticos, como las disidencias y debates que existieron al interior de cada uno de ellos.

En este artículo nos proponemos mostrar que las alternativas seguidas por los partidos escapan a cualquier encasillamiento fácil. A través del análisis de la evolución de la juventud radical desde su surgimiento en los años 30 hasta la conformación del Movimiento de Intransigencia y Renovación en 1945, expondremos los distintos posicionamientos que asumieron los sectores disidentes del radicalismo, y las dificultades y límites que a partir de ellos hubieron de afrontar.

Palabras clave: Unión Cívica Radical – Movimiento de Intransigencia y Renovación – Identidades políticas – Peronismo.

Keywords: Radical Civic Union – Intransigence and Renovation Movement - Political identities – Peronism.

¹ El presente trabajo fue realizado en el marco del proyecto de investigación PICT 1168: “*Los otros del populismo. Las identidades políticas no-peronistas en la Argentina (1943-1960)*”, financiado por la ANPCyT/FONCyT.

* Es Licenciado en Sociología de la Universidad Nacional de La Plata, donde también ejerce la docencia, y becario de Investigación del CONICET, con sede en la Escuela de Humanidades de la Universidad Nacional de San Martín. Actualmente se encuentra cursando la Maestría en Ciencia Política del Instituto de Altos Estudios Sociales y el Doctorado en Ciencias Sociales de la UBA. Mail: sebasgim82@gmail.com

1. La juventud radical y los primeros cuestionamientos a la autoridad partidaria

“Una nueva generación se ha hecho presente, en el país y en el partido, y reclama enérgicamente su derecho a gobernarse por sí misma, sin imposiciones que desvíen su destino (...) Hay una nueva generación radical, señor, que ya no se siente identificada con sus directores”

(Atilio García Mellid, Carta abierta al Presidente de la Convención Nacional de la UCR, Dr. Honorio Pueyrredón, 18 de febrero de 1935)

“Creíamos saber cómo sería el nuevo mundo cuando el antiguo hubiera llegado a su fin. En esto, como todas las generaciones, estábamos equivocados”
(Eric Hobsbawm, 2003: 117)

La crisis de 1930 golpeó duramente al radicalismo. Una lluvia de críticas lanzada desde el periodismo y desde algunos sectores de oposición logró instalar en la ciudadanía la duda acerca de la capacidad de gestión del Estado de los dirigentes radicales. La acusación de ineptitud e ineficacia en el manejo de la cosa pública no fue sin embargo la principal carga que la UCR hubo de sobrellevar. Pesaba aún más seriamente sobre sus espaldas la incertidumbre respecto a la evolución del modelo político a seguir. La democracia liberal, que en nuestro país había aparecido (a lo largo de toda la segunda mitad del siglo XIX y en las primeras décadas de la siguiente centuria) en el horizonte de los más diversos sectores políticos como el estadio final de un proceso continuo de evolución y maduración política, comenzaba a dar muestras de agotamiento. En Europa, movimientos de características novedosas se reivindicaban contrarios al liberalismo y ponían en práctica, con éxito, mecanismos alternativos de movilización y consulta a la ciudadanía. En distintos países de América latina se veía a la corporación militar irrumpir en la escena política, desalojando a gobernantes electos a través del sufragio. También en Argentina, los cuestionamientos al orden liberal-democrático traspasaron lo teórico y propagandístico para insertarse en el plano de la política práctica: el golpe de Estado llevado adelante en septiembre de 1930 por Uriburu y los nacionalistas terminaba con más de medio siglo de continuidad institucional, al tiempo que daba por tierra con el ensayo de democratización abierto con la Ley Sáenz Peña.

La crisis económica de 1930, por su parte, dejó expuestos los límites de la incorporación de la Argentina al mercado mundial, revelando hasta qué punto nuestro crecimiento dependía de un vínculo comercial asimétrico con las potencias capitalistas

centrales, principalmente, Gran Bretaña y Estados Unidos. El liberalismo económico y el modelo agroexportador, hasta entonces muy raramente puestos en cuestión serían, a partir de allí, revisados, y de su análisis surgiría una nueva imagen de la Argentina: el “progreso indefinido”, más que el destino ineluctable del país, aparecía como la superficie debajo de la cual se escondían una serie de complejos problemas y dilemas irresueltos que reclamaban ser auscultados para brindar una nueva lectura del pasado que sirviera de base a la elaboración de un nuevo proyecto para el presente y el futuro nacional.

Este conjunto de hechos configuraba un escenario novedoso para el radicalismo. La desarticulación del modelo político-económico ponía sobre la escena un conjunto de interrogantes para los cuales no había respuestas de antemano irrefutables. ¿Debía la UCR sostener como consigna prioritaria las demandas cívicas de vigencia irrestricta de la Constitución con las que había hecho su aparición en la vida pública a fines del siglo XIX? ¿O bien se encontraba ahora en un nuevo tiempo histórico, con problemáticas específicas que exigían la elaboración de un nuevo diagnóstico y la construcción de nuevos conceptos y consignas para movilizar a la ciudadanía? El trastocamiento del modelo económico luego de la crisis del 30, ¿implicaba replantear la relación entre Estado y economía y, más en general, entre Estado y sociedad? ¿Hasta qué punto, en definitiva, el radicalismo debía permanecer fiel al ideario liberal legado por sus mayores?

Un factor tornaba más profunda la incertidumbre -y también, valga destacar, más abierto el debate: la crisis política del país coincidió en la UCR con una inédita crisis de liderazgo. Yrigoyen, el dirigente que mayores adhesiones supo suscitar en el partido, murió al poco tiempo de ser depuesto de la presidencia. Alvear fue quien lo sucedió al frente de la máquina partidaria. Bajo su conducción, el radicalismo pudo reunificar sus filas; sin embargo, muchos empezaron a juzgar insuficientes las respuestas que la nueva dirigencia ofrecía a los interrogantes arriba planteados. En efecto, Alvear sostendrá a lo largo de la década del 30, con muy pocas variantes el *discurso cívico* que lo había acompañado a lo largo de toda su trayectoria política², que reservaba para el radicalismo el lugar de apacible partido del orden.

² Lo que lo lleva a decir, en la sesión preparatoria de la Convención Nacional de 1933, que “la Unión Cívica Radical seguirá la trayectoria de cuarenta años (...); el partido mantendrá inalterable la tradición histórica de la Nación; (...); sólo anhela y pide que se normalice la vida cívica argentina. Reclama tan

La impugnación al liderazgo de Alvear adquirió características cismáticas (que en algunos casos llevaron a la revisión y puesta en cuestión de la entera tradición partidaria, y en otros directamente a la renuncia al partido) al combinarse, en los jóvenes opositores internos, con reivindicaciones de corte generacionalista. Dado que la casi totalidad de quienes luego integrarían el Movimiento de Intransigencia y Renovación hicieron sus primeros pasos en la política en alguna de las agrupaciones juveniles que surgieron en los 30, consideramos relevante detenernos en las características principales de este novedoso movimiento juvenilista.

Cabe aclarar previamente que establecer el año 1930 como punto absoluto de inflexión puede resultar un tanto arbitrario. En efecto, ya en 1928, en la campaña que llevaría a Hipólito Yrigoyen a su segunda presidencia, vemos aparecer algunas cuestiones que, una década más tarde, serán sentimiento generalizado en la joven disidencia partidaria. Así, cuando en 1928 Ernesto Laclau llamaba a apoyar a Yrigoyen en las elecciones, lo hacía movido por la convicción de que, aunque todavía restaba mucho camino por andar, el radicalismo estaba cerrando el ciclo en el que había reclamado “únicamente las *condiciones* de una vida democrática”, e iba en vías a “alcanzar un programa de ideas” para elevar las condiciones de vida de la “masa popular”; para la conformación de ese programa, consideraba especialmente relevante el aporte del “hombre joven” (E. Laclau, 1928; cit. en Halperín Donghi, 1999: 651-652). El mismo Yrigoyen, por su parte, mostraba en esos momentos, en ocasión de la campaña por la nacionalización de los Yacimientos Petrolíferos Fiscales (YPF), tanto una inédita disposición a luchar contra el imperialismo (especialmente el norteamericano) como una preocupación (también inédita) por dotar al partido de algunos de los rasgos de lo que por entonces se conocían como “partidos de ideas”, a la vez que parecía proponer para el radicalismo la representación privilegiada de un sector de la sociedad: los trabajadores³.

El golpe de 1930 insufló de nuevos aires a esta tendencia. Luego del desplazamiento de Yrigoyen, una nueva camada de jóvenes militantes se incorporó al

sólo las garantías y el respeto a que tiene derecho un gran partido mayoritario” (M.T. de Alvear, “Discurso en la Sesión preparatoria del 27 de diciembre de 1933”; Actas de Convenciones de la UCR) y, en la misma línea, a encarar su campaña a la presidencia en 1937 insistiendo, como nos recuerda Félix Luna (1956: 172-173), en la remembranza de la gira que realizó con Alem en 1893 y en la paradoja de volver a reclamar las mismas cosas que entonces.

³ Véanse al respecto las interesantes observaciones de Halperín Donghi, 1999: 252-253.

radicalismo. En su mayoría provenientes de las universidades, donde los ideales del reformismo eran hegemónicos, estos jóvenes galvanizaron el americanismo, el antiimperialismo y el incipiente laborismo del sector personalista de la UCR⁴. Y, por su vocación intelectual, fueron especialmente activos en la promoción de la necesidad de “clarificar” doctrinariamente al radicalismo.

Tan importante como eso fue que estos jóvenes se reunieron en organizaciones propias, justificadas en una prédica juvenilista portadora de la misión de “renovar” práctica y programáticamente al partido. Cabe aclarar, empero, que la identificación de estos jóvenes como colectivo no fue automática. Ella estuvo jalónada por una serie de hechos que los llevaron a desconfiar de “los mayores” del partido y a elaborar una visión distinta del partido al que pertenecían. ¿Cuáles fueron esos hechos que condujeron a los jóvenes a un abierto desengaño con quienes tenían en sus manos la conducción de la UCR? En principio, el repudio de la dirigencia partidaria a los escasos y aislados levantamientos armados radicales los puso sobre aviso de que la épica revolucionaria no era lo que predominaba en las filas de la UCR. Más tarde, la decisión de la Convención Nacional de abandonar la abstención para volver a participar en las contiendas electorales les hizo preguntarse cuáles eran en realidad las diferencias entre el radicalismo y el resto de los actores políticos del régimen. A esas disidencias de carácter sobre todo estratégico le siguieron serios cuestionamientos “morales” por el involucramiento de dirigentes con hechos de corrupción, de los cuales el más saliente (por lo escandaloso, y por la posibilidad que brindaba de articular la corrupción con el fenómeno imperialista) fue el sucedido a fines de 1936, cuando concejales metropolitanos aprobaron la prórroga de los contratos de la Compañía Argentina de Electricidad (CADE)⁵. Hacia fines de los 30 y principios de los 40, cuando la juventud

⁴ Es probable que lo que lanzara a estos universitarios al terreno de la política partidaria fuera la insuficiencia que, luego del golpe del 30, comenzó a exhibir el ámbito académico para intervenir en la escena pública (Sigal, 2002). A menudo se han señalado los vínculos entre la Universidad y los partidos de izquierda, particularmente con el Partido Socialista (Graciano, 2008; Bergel y Martínez Mazzola, 2010). De modo más indirecto y matizado, también otros partidos recibieron la influencia del reformismo, aunque más no sea por la incorporación a sus filas de militantes que habían cursado sus estudios superiores en las Universidades donde el reformismo había calado más profundo. Para el caso de la UCR, podemos citar, entre muchos casos, los ejemplos más salientes de Moisés Lebensohn (quien en la segunda mitad de los años 20 había sido un activo militante reformista en la Universidad Nacional de La Plata), Arturo Frondizi (de quien tenemos noticia que se incorpora a la UCR hacia 1931, luego de su paso por la carrera de abogacía en la UBA) y Oscar López Serrot (también él militante reformista incorporado en los primeros 30 a la UCR).

⁵ Una descripción detallada de estos hechos se encuentra en Luna (1956: 196-221).

ya estaba constituida como movimiento dentro del partido, el centro de los cuestionamientos a la dirigencia radical estuvo dado por la oposición a una posible alianza electoral con otras fuerzas partidarias (sostenida en la demanda de la “intransigencia”) y por el rechazo a la posición, sustentada por el sector alvearista, de apoyo incondicional a los países aliados en la Segunda Guerra Mundial (rechazo que se plasmó bajo la consigna del “neutralismo”).

De esta manera, los jóvenes recién llegados al radicalismo fueron descubriendo preocupaciones comunes, alrededor de las cuales se construyeron demandas y reivindicaciones que volvieron posible su identificación como colectivo. Toda identidad, sabemos, se construye sobre la base de la construcción de un campo de semejanzas y la identificación de un *otro* que encarna la antítesis de ese campo. En el caso de los jóvenes radicales, los *otros* con los cuales buscaron diferenciarse fueron, fuera del radicalismo, el “imperialismo” y la “oligarquía”, y, dentro de la UCR (donde, por cierto, concentraron la mayor parte de sus energías), “los mayores” del partido, a quienes se acusaba, según podemos ver en los panfletos y manifiestos⁶, de afirmar su poder partidario en prácticas electoralistas corruptas y vacías de contenido, de falsear la representación del “verdadero radicalismo” “arreglando” las listas y las elecciones internas a través del sistema de “punteros” y “trenzas”.

La empresa de los jóvenes puede entenderse, de hecho, como una gran cruzada contra “la máquina” electoral en que se había convertido la UCR luego de casi tres lustros de estar en el gobierno. De ahí, el tan reiterado llamado al “idealismo” y al

⁶ La condena a la dirigencia en términos *generacionales* estuvo muy presente a lo largo de toda la década del 30. Remitimos al lector al epígrafe citado al inicio del presente capítulo; allí podemos ver que Atilio García Mellid, en ese entonces vinculado al grupo de *Radicales Fuertes* (constituido en gran parte por quienes luego conformarían la agrupación FORJA), impugnaba a la dirigencia desde una posición sostenida en reivindicaciones de neto corte generacionalista. En 1937, por su parte, convencionales radicales autodenominados “jóvenes” se expresaban en la Convención Radical de la siguiente manera: “Aspiramos a interpretar la posición de una generación joven cuyo papel no puede reducirse al de testigos de la acción que desarrollan las generaciones anteriores, sobre la que recaen hasta ahora las responsabilidades de la dirección” (intervención del “Bloque Opositor” en la Convención Radical de mayo de 1937; Actas de Convenciones de la UCR). Años después, vemos aparecer conceptos similares, aunque expresados en términos exponencialmente más disruptivos, en el documento titulado precisamente “Manifiesto de la nueva generación”, de marzo de 1945; allí podemos leer: “Catorce años ha vivido el país en un régimen de corrupción y de violencia. Frente a gobiernos corrompidos y corruptores, se encaramó en el Radicalismo una oligarquía disfrazada con boina blanca, que fue dócil instrumento de ese régimen y ahogó implacablemente la voz acusadora de la juventud en el estrépito de su propia orgía. Esas direcciones accidentales del Radicalismo colaboraron en la entrega del patrimonio de la Nación a la voracidad del capital extranjero (...) y disfrutaron de los despojos del fraude, envilecidos en la avidez y en el hartazgo, llegando a pactar con grupos y partidos, aparcerías que repugnan a la conducta radical...” (cit. en Del Mazo, 1975 [1956], Volumen V: 49-50).

desinterés, y la condena unánime a quienes permanecían en el partido para mejor “gravitar sobre el erario público”⁷. Si, como sostiene Halperín Donghi (2006), el radicalismo era tanto una religión cívica como una máquina electoral, los jóvenes, con bastante ingenuidad, creían que la UCR podía seguir siendo fuerza mayoritaria apoyándose exclusivamente en el aspecto místico de la causa, y relegando a un margen la acción de la máquina. En su visión, la UCR representaba al “pueblo” más allá del afianzado sistema de punteros y caudillos barriales (creían, en rigor, que lo representaba *a pesar* de ese sistema). Es por ello, que la crítica que dirigen a la máquina y a sus prácticas para obtener votos no conoce límites. Lebensohn, en su recordado discurso de 1942, afirmaba que, desde que la UCR accedió al gobierno en 1916,

El plantel dirigente se fue inferiorizando, los militantes que desplegaban mayor actividad en recorrer los campos, apadrinar bautismos, prestar su colaboración a los humildes en los instantes difíciles, gestionar ventajas en la administración, curar a los enfermos, defender a los procesados, conquistaban múltiples y cálidas adhesiones que les permitían realizar una carrera política, al margen de causales realmente políticas (...). Lentamente, los cuadros activos fueron perdiendo su fervor cívico. El partido dejó de ser un medio de promover ‘la revolución’ en la República y se convirtió en un fin en sí mismo y para sus militantes. Cayó en la deformación electoralista (Lebensohn, 1942: 4).

Frente a esta manera “viciada” de conducir la UCR, la lucha de los jóvenes por acceder a los puestos de autoridad partidaria se afirmó en una doble necesidad: por un lado, el voto directo de los afiliados para los cargos electivos; por otro, la elaboración de un programa que dotara de contenido histórico y social “concreto” al radicalismo. Ambos puntos harían, sostenían, más “transparente” y legítima la representación de la dirigencia, y contribuirían, por lo tanto, a achicar la brecha que ellos juzgaban excesivamente amplia entre los dirigentes y el “pueblo”. El voto directo sería la forma

⁷ En una carta dirigida al presidente del Comité de la Circunscripción 5ta de la UCR Metropolitana fechada el 24 de diciembre de 1936, es decir, pocos días después de que estallara “el escándalo” de la CADE, un militante del radicalismo, Luis Lizza, justificaba su renuncia al partido en los siguientes términos: “Los que hemos seguido solidarios, desde nuestra posición de humildes afiliados, dispuestos a servir a la UCR cuando mediante ella hemos creído servir los intereses públicos del país; los que desde nuestra incorporación a hoy hemos mantenido una sola y misma trayectoria idealista (...); los que jamás hemos gravitado sobre el erario público (...) hemos llegado a la zahiriente conclusión de que ya nada tenemos que hacer en las filas del Partido (...). El ciclo del pasado, que de buenas o malas maneras ha quedado definitivamente cerrado en el año 30, nos ha entregado a los que representamos la nueva generación del radicalismo, intacto el ideario del Partido y lo vamos a salvar a costa de nosotros mismos y aun a costa de quebrar la respetuosa consideración que hemos guardado siempre por aquellos a quienes ya hace rato debimos requerirles premiosamente comenzaran a tomar la retaguardia” (Carta de Luis Lizza al Dr. Mario Jiménez, hallada en el Fondo Documental del Centro de Estudios Nacionales).

adecuada de esquivar la influencia perniciosa de “la trenza” en la selección de dirigentes⁸. El programa⁹, por su parte, permitiría atraerse legítimamente (esto es, no a través de recursos materiales, sino utilizando como instrumento el proselitismo ideológico) el favor y la simpatía de los votantes.

No era ésta la única ventaja que traería aparejada la elaboración de un programa: éste posibilitaría también, creían los jóvenes, “elevar el nivel” de la dirigencia: dado que, de mediar un programa, sólo podrían erigirse en conductores quienes contaran con las herramientas intelectuales capaces de elaborarlo, aquellos que no estuvieran en condiciones de confeccionar un diagnóstico de la situación en que se encontraban el país y la UCR, y de derivar de él un programa claro de acción, deberían ceder su lugar a aquellos que sí dispusieran de esas herramientas (que, por supuesto, eran los jóvenes mismos). Tampoco acá terminaban las ventajas asignadas al programa: los jóvenes le concedían a éste aún cierta virtud “vitalista”: al darle a los correligionarios una causa concreta por la cual luchar, que hiciera claramente visibles las diferencias de fondo entre la UCR y el resto de las fuerzas políticas, el programa permitiría al partido salir del letargo y la inmovilización, y emprender una lucha activa contra “los enemigos” del radicalismo y de la nación. El programa, en resumidas cuentas, sería el que haría posible

⁸ En un proyecto de reformas a la Carta Orgánica elaborado en 1934 por una comisión presidida por López Serrot, puede leerse: “Cuando los hombres han llegado a los cargos como consecuencias de una espontánea y libre designación de las mayorías, han dado, siempre, resultados satisfactorios. Y cuando sus representaciones han resultado del cálculo y la maquinación, no han dejado más que motivos de públicas lamentaciones (...). Con el voto directo se obtendrá, paulatinamente, que los representantes lo sean de la masa” (Cuadernillo titulado “Proyecto de reformas a la Carta Orgánica. Presentado a la Convención de la Capital por los convencionales de la mayoría de la Sección 12”).

⁹ En verdad, la “cuestión del programa” ocupó en la segunda mitad de la década de 1930 la atención no sólo de los jóvenes radicales sino también de sectores considerados “alvearistas”. Recordemos que desde 1935 había comenzado a salir la revista *Hechos e Ideas*; editada por el oficialismo radical, la publicación buscaba ser una contribución a la “clarificación doctrinaria” (véase, al respecto, el más que interesante trabajo de Cattaruzza, 1992). Sin embargo, cabe aquí hacer una precisión: el programa que pensaban los líderes juveniles para el radicalismo era algo muy diferente a lo que tenían en mente sus opositores internos: éstos basaban su opción favorable a la conformación de un “partido de ideas” en la noción (compartida en gran medida por conservadores, demócrata progresistas y socialistas) de que la organicidad y la sistematicidad programática eran los rasgos que definían a una agrupación que pretendía hacer realidad los ideales de la civilización y el progreso. Para la juventud yrigoyenista se trataba, en cambio, de esbozar un programa de acción para llevar a cabo una revolución que diera por tierra con los privilegios de determinados sectores sociales. A esta altura resulta evidente que, pese a que los jóvenes radicales se amparaban en Yrigoyen al hablar de revolución, existía una distancia muy grande entre lo que éste y aquéllos entendían por ella: no es sólo que para la juventud la revolución debía orientarse no a *restaurar* un estado de cosas existente en el pasado sino, por el contrario, a crear un orden nuevo, sino también que ésta, al no limitarse al plano político, hacía una caracterización más global de las fuerzas con las que el radicalismo debía relacionarse: si antes la oligarquía se identificaba con la clase gobernante que se apropiaba de los resortes del Estado para beneficios particulares, ahora la oligarquía describía a una clase que, además de política, era económica y social. Frente a ella el radicalismo debía estar del lado del *pueblo* y de los *trabajadores*, luchando por la justicia social y la soberanía económica.

operar el tránsito desde la “política electoralista” en que había caído la UCR a la “política idealista”.

Las líneas principales que habrían de articular el programa resultan claras. En primer lugar, acorde con la prédica antiimperialista que denunciaba las consecuencias negativas que para nuestro país había acarreado el vínculo comercial asimétrico con las potencias capitalistas centrales, existía en la juventud la clara conciencia de que Argentina debía jugar un papel distinto en la división internacional del trabajo, profundizando la producción industrial y diversificando la agraria, para salir del lugar subordinado a que el imperialismo la había relegado¹⁰. En segundo lugar, respecto a las cuestiones políticas, si bien la adhesión a la democracia nunca fue puesta en entredicho, se enfatizaba la necesidad de completarla con una “democracia social”, una democracia no sólo formal sino también de contenido. En un artículo de 1935 que llevaba precisamente por título “Forma y contenido de la democracia”, Arturo Frondizi afirmaba:

No puede haber soberanía política del pueblo si no se funda en la soberanía económica, real y efectiva de las masas argentinas (...) Es preciso replantear el problema de nuestra acción democrática, que no puede reducirse a levantar la bandera del sufragio libre, como reivindicación única y fundamental para el pueblo (...) Las viejas ideas democráticas ya no bastan. La irrupción de angustiosos problemas sociales obliga a distinguir la forma y el contenido de la democracia. El radicalismo no puede satisfacerse con una democracia formal, como las fuerzas conservadoras¹¹.

Por último, los jóvenes asumían especialmente la representación de un sector de la sociedad: los trabajadores. Era para el bienestar de éstos que proclamaban la urgencia de avanzar en el camino de la igualdad económica, a través de una mayor “justicia social”. El hecho de ocupar un lugar subordinado en el seno de un partido relegado injustamente

¹⁰ Otras medidas que se mencionaban para afianzar la “soberanía nacional” eran: nacionalización por el Estado de los servicios públicos (medios de transporte, minas, petróleos, teléfonos); y, en política agraria, medidas tendientes a evitar el latifundio y las grandes concentraciones de tierras. Muchas de estas reivindicaciones fueron incorporadas a la plataforma electoral de la UCR de 1937.

¹¹ En *Un Clarín Radical*, Segunda época, Octubre de 1935, Año 3, N° 2-3, págs. 33-36. La noción de que “las viejas ideas democráticas ya no bastan” también puede encontrarse en Lebensohn, quien años más tarde diría: “el sufragio libre, aislado, por sí solo, no es la conexión obsesionante de esta época. No lo es la Argentina ni en el resto del mundo. Hace poco, leía un ensayista inglés: ‘La lucha en el siglo pasado fue por el sufragio; en este, por el pan’. Es decir, por la justicia social. Cambiaron los tiempos, los conceptos y los móviles determinantes de la resolución humana” (En *Problemas del radicalismo. Discurso inaugural del V Congreso de la Juventud Radical de la provincia de Buenos Aires*, 1942, pág. 4).

a los márgenes del sistema político fue lo que permitió la identificación de estos jóvenes de clase media con los sectores estructuralmente perjudicados de la estructura social. La juventud radical se vio así formando un bloque común con los “trabajadores” y obreros, todos ellos por igual víctimas del imperialismo, la oligarquía y el régimen fraudulento. Sin embargo, los vínculos efectivos que, más allá de lo retórico, fueron capaces construir con los sectores trabajadores que habían surgido con la industrialización de los 30 fue muy reducido; la importancia de esto la veremos en el próximo apartado.

2. La creación del MIR: entre el unionismo y el peronismo

Cabe empezar esta sección con una precisión: aunque hasta aquí hemos hablado de la “juventud radical” como de un colectivo con características comunes no conviene, sin embargo, exagerar su homogeneidad. En rigor, el de la juventud radical era un movimiento por demás heterogéneo. Estaba compuesto por una multiplicidad de agrupaciones, centros, ateneos, emprendimientos editoriales que, en general, surgían al margen de la burocracia partidaria, de la que muchas veces no esperaban aprobación ni reconocimiento. En su inmensa mayoría, estas agrupaciones se formaban en los espacios universitarios. Algunas lograban cierta permanencia (tal el caso de “Cruz del Sur” que se mantuvo algunos años, al igual que el “Movimiento Revisionista” de la provincia de Buenos Aires –liderado por Ricardo Balín y Salvador Cetrá–, “Raíz” y “Crea”); otras, por el contrario, no duraban sino unos pocos meses (así sucedió, por ejemplo, con el “Movimiento Orientador”, del que Arturo Frondizi fuera principal inspirador). Por lo general, reunían a afiliados y no afiliados, característica ésta que contribuía a dotar de mayor apertura y dinamismo al movimiento.

Existían en su interior, además, diferencias regionales: poco tenían en común los jóvenes de Córdoba, que bajo el ala protectora de Amadeo Sabattini¹² empezaban a involucrarse en la cotidianeidad de la gestión, con los de Buenos Aires y Capital Federal, donde la lucha con los sectores unionistas consumía el grueso de las energías. Y aún en cada uno de estos distritos es posible hallar diferencias. En Buenos Aires, la prédica radicalizada rayana en el parricidio de Lebensohn poco se asemejaba a la más

¹² A menudo suele identificarse, especialmente para el período anterior a 1945, a la Intransigencia con la figura de Sabattini. Sin embargo, aunque es indudable que Sabattini llegó a ganarse el respeto y aún la admiración del conjunto de los sectores juveniles que se reconocían como yrigoyenistas, de ningún modo puede considerárselo el líder del movimiento juvenil a nivel nacional; de hecho, su influencia fue muy escasa más allá de las fronteras cordobesas. Sobre Sabattini, véase Tcach (1999).

medida y acatada de Balbín y su grupo platense (que, dicho sea de paso, sólo tardíamente rompió con el alvearismo). En Capital Federal, las diferencias eran aún más visibles: aquí casi no se podían distinguir los grupos juveniles preocupados por las cuestiones partidarias de aquellos que, amparados en un vago radicalismo, tenían intereses más bien intelectuales, entre los cuales, por supuesto, el estudio de la historia nacional ocupaba el primer lugar¹³. Por otra parte, dispersos en distintos puntos del país (Santa Fe y Rosario, principalmente) surgían otros cuantos grupos de jóvenes, de los cuales hoy nos es difícil reconstruir sus características, pero a los que se puede reconocer fácilmente por el hecho de que, en el nombre de sus agrupaciones, las palabras “Renovación”, “Revisión”, “Orientación” e “Intransigencia” aparecen invariablemente¹⁴.

Esta dispersión organizativa era compensada, al menos en parte, por un consenso generalizado en torno a algunas cuestiones básicas que por entonces conmovían la vida política del país: en primer lugar, en el plano internacional, la neutralidad respecto a la guerra; en segundo lugar, en el plano local, la oposición a la posibilidad de conformar una alianza electoral con otros partidos políticos, lo que para estos sectores constituía un abandono al principio de intransigencia, tan caro al legado de Yrigoyen. Existieron, también, sobre todo desde fines de la década del 30 y principios de la del 40, intentos de dotar de mayor institucionalización al movimiento; a ello apuntaba la celebración periódica de Congresos, Convenciones y Asambleas que operaban como espacios de

¹³ La mención a FORJA resulta aquí inevitable. La agrupación liderada por Arturo Jauretche, Luis Dellapiane y Homero Manzi, entre otros, se había fundado en 1935; permaneció en el partido participando de las luchas internas hasta fines de los 30. Luego de esa fecha, aunque continuarían llamándose “radicales”, cada vez se irían distanciando más de la UCR, hasta que, en 1945, deciden la disolución del grupo para sumarse al peronismo. Véase, al respecto, Scenna (1983).

¹⁴ Los datos en que nos basamos para sostener estas afirmaciones fueron extraídos, por una parte, de trabajo de archivo propio; por otro, de bibliografía secundaria, dentro de la que cabe destacar el valioso aporte de Persello (1996; 2007), y el voluminoso trabajo de Pisarello Virasoro y Menotti (1984-1994), que, a través del seguimiento de la trayectoria de Frondizi, permite acercarse a los espacios de militancia por los cuales circuló en su juventud. Y, por último, de memorias de militantes de la UCR; entre ellas, destacamos las obras de Gabriel Del Mazo (1975 [1956]), Nicolás Babini (1984) y Renzo Breglia (1999). Aun queda mucho por investigar de estas agrupaciones juveniles. Todo parece indicar que el golpe de 1943, aun más que el de 1930, implicó una profundización de los vínculos entre la universidad y los partidos políticos. Para el caso de la UCR, es bastante claro el reclutamiento en sus filas de sectores estudiantiles. Del Mazo, de hecho, presenta la formación del MIR como un derivado directo de los grupos universitarios (1975 [1956], Volumen V: 45-51).

Sebastián Giménez. La juventud radical y la conformación del Movimiento de Intransigencia y Renovación.

Papeles de Trabajo, Año 5, N° 8, noviembre 2011, pp. 72-91.

discusión y, sobre todo, de encuentro entre militantes de distintos puntos del país¹⁵. En ellos se formaron algunos liderazgos que luego tendrían sólido ascendente.

La institucionalización de estos grupos en un movimiento de alcance nacional llegaría recién en 1945. Esta fecha no es nada casual, y resulta interesante indagar en los motivos que condujeron a que en ese momento se conformara una agrupación que se propusiera integrar al conjunto de sectores intransigentes que actuaban en el país. Recordemos que entonces se estaban definiendo cuestiones sustanciales en el país. El gobierno militar surgido de la Revolución de junio de 1943 seguía dos líneas de acción paralelas: por un lado, mostraba una marcada faz autoritaria (visible en la implantación del estado de sitio, la introducción de la enseñanza religiosa, la intervención a las universidades y las medidas atentatorias a la libertad de prensa). Por otro, desde la Secretaría de Trabajo y Previsión Social, Juan Perón emprendía una activa política social de amplio alcance, y de a poco se iba ganando el favor de los sectores obreros. Esta política social se inscribía en un lenguaje nacionalista de signo popular, que también promovía una presencia más activa del Estado en la economía y una recuperación de los instrumentos de política nacional para promover la independencia económica en contra del “imperialismo” y la “oligarquía”.

En esa compleja y delicada coyuntura, la conducción de la UCR no hacía sino exacerbar aquellos aspectos que más irritaban a los “renovadores”: movida por el discurso cívico, acusaba al gobierno de ser una variante local de los regímenes totalitarios europeos, y se plegaba de lleno a la campaña civil antifascista promovida por el sector liberal-socialista del espectro político¹⁶. De acuerdo a lo postulado por esta campaña, lo que estaba en juego en la Argentina era una lucha entre la democracia y el fascismo, entre la institucionalidad liberal que había dado nacimiento a la Argentina como país independiente, y la implantación de un régimen totalitario que buscaba suprimir para siempre las libertades en el país. Este principio de lectura tendía a marcar una oposición tajante con el gobierno, y a borrar las diferencias entre los partidos

¹⁵ En mayo de 1938, se realizó en la ciudad de Córdoba el primer Congreso Nacional de la juventud Radical, al cual doce provincias y la Capital Federal enviaron representantes. A partir de allí, anualmente se realizaron congresos nacionales de la juventud; a ellos se agregaron luego congresos municipales y provinciales (de estos últimos, los de la provincia de Buenos Aires fueron los que adquirieron mayor resonancia). La demanda por el reconocimiento de la juventud como fuerza con derecho propio al interior de la UCR estuvo presente en todos esos encuentros.

¹⁶ *Acción Argentina* fue la agrupación que estuvo a la cabeza de la movilización antifascista; al respecto, véase Bisso (2005).

“democráticos”¹⁷; en efecto, se decía, más allá de las cuestiones que en el pasado podían haberlos distanciado, ahora todos ellos compartían la misma preocupación por detener el avance del fascismo. De aquí a proponer la formación de una alianza electoral en vistas a las próximas elecciones presidenciales no había sino un solo paso, y la dirigencia unionista daba claras muestras de estar dispuesta a darlo. Para ello, debía hacer a un lado a los sectores potencialmente disruptivos. Es así que, en el frente interno, la dirección de la UCR se valió de distintos mecanismos, todos ellos de muy dudosa legitimidad, para asegurar su continuidad al frente de la Mesa Directiva¹⁸.

Este fue el contexto en el cual los sectores renovadores e intransigentes decidieron conformar una agrupación a nivel nacional. El puntapié inicial apareció en marzo, cuando se dio a conocer la *Declaración de Avellaneda*. La importancia de este documento, cuyo contenido programático recogía lo que las distintas agrupaciones juveniles venían postulando desde años atrás en lo referido a la necesidad de avanzar, siempre en el marco de la democracia, en el terreno de la justicia social y la independencia económica, radica en que, como afirma Babini, ofreció “una plataforma común a los numerosos grupos intransigentes que actuaban dispersos y [dio] lugar a la constitución posterior de un movimiento orgánico con autoridades reconocidas” (1984: 48). Se trataba, en efecto, de absorber en una unidad a los innumerables grupos que, por la dispersión en la que actuaban, veían licuada su capacidad de reacción frente a los acontecimientos.

Esa reacción era tanto más necesaria cuanto que en ese preciso momento los sectores intransigentes hubieron de afrontar los más serios dilemas, que se relacionaban con las dos cuestiones recién mencionadas: el ascenso y radicalización del peronismo¹⁹, por un lado; y la actitud que frente a ello adoptaba la conducción de la UCR, por otro.

¹⁷ A desdibujar las fronteras entre los partidos contribuyó también el hecho de que por primera vez el conjunto de las fuerzas partidarias pasó a estar en la oposición al gobierno. Nicolás Azzolini, en su estudio sobre la Unión Democrática, afirma: “a diferencia de los años precedentes, todos los partidos políticos tradicionales pasaron a formar parte del campo opositor en 1945. Radicales, socialistas, demócratas progresistas, antipersonalistas, comunistas y sectores demócratas nacionales se identificaron con la acción discrepante hacia el gobierno *revolucionario* (...) Viejos rivales se articularon en el bloque opositor. Lo cual no implica la desaparición de las diferencias entre los mismos pero sí los desplazamientos de actores producidos en el sistema político argentino, y la consecuente transformación de los espacios identitarios” (2010: 30).

¹⁸ Una descripción detallada de las maniobras a través de las cuales el sector alvearista logró retener durante 1945 el control de la UCR se encuentra en Luna (1975 [1969]: 81-83) y García Sebastiani (2005: 60).

¹⁹ Con el término “radicalización del peronismo” hacemos referencia al proceso, estudiado por Juan Carlos Torre, a través del cual Perón, luego de fracasado su proyecto inicial de conseguir apoyo tanto de

La radicalización del peronismo enfrentó a la intransigencia con sus límites constitutivos. Límites en el plano del discurso: hasta entonces, la justicia social, la independencia económica, las nacionalizaciones, la soberanía nacional y la mayor presencia del Estado, habían sido reivindicaciones que no tenían arraigo en ningún espacio político determinado; algunos de esos temas habían sido introducidos en los 30 por el nacionalismo, otros por el catolicismo social, otros por el reformismo, pero rápidamente traspasaron sus fronteras y fueron apropiados y reelaborados por los más diversos espacios políticos, entre los cuales los disidentes radicales jugaron un papel de primer orden. Ahora, con un gobierno militar autoritario que basaba su legitimidad precisamente en esas reivindicaciones, esos tópicos tuvieron una encarnadura concreta, y fue cada vez más difícil sostener esas demandas apareciendo, simultáneamente, como una *alternativa* al gobierno de facto, más aún en un contexto en el cual la fuerte polarización política volvía a todo aquel que mostrara cualquier tipo de acercamiento con las posturas del oficialismo sospechoso de “colaboracionista” (en estos meses, en efecto, se constata una inédita saña, particularmente notoria en las filas unionistas, por vincular a sus opositores internos con el naciente peronismo). Se entiende así el esfuerzo de los líderes intransigentes por enfatizar que la justicia social, tal como ellos la entendían, tenía muy poco en común con la puesta en práctica por el Coronel Perón, dado que, mientras éste no mostraba reparos en llevarla a cabo en un marco autoritario, para aquéllos era inconcebible avanzar en ella en el contexto de otro régimen que no fuera el liberal-democrático. Arturo Frondizi, en un artículo aparecido en *Nueva Palabra*, venía a tomar posición en el debate entre las “fuerzas vivas” y la Secretaría de Trabajo y Previsión, sosteniendo precisamente que:

Cualquiera sea el sentido que se dé a la justicia social, no puede hablarse de su vigencia ni de su deseo de implantación, sino es en un régimen de plena libertad para todos, y especialmente para el pueblo que se expresa a través de los partidos políticos, de los sindicatos y del periodismo. En cambio, esta ola de justicia social

los trabajadores y de los empresarios (quienes, según Perón quería creer, tenían buenos motivos para coincidir con su política de “justicia social”) como de los partidos tradicionales (principalmente el radicalismo), realizó un giro estratégico, haciendo un llamado privilegiado a los sindicatos y a los trabajadores. Según Torre, “entre el proyecto original y éste que emerge al compás de las vicisitudes políticas de la coyuntura de 1945 hay una diferencia capital: el sobredimensionamiento del lugar político de los trabajadores organizados, que de ser una pieza importante pero complementaria dentro de un esquema de orden y paz social se convierten en el principal soporte de la fórmula política de Perón” (1995: 9-10).

ha caído sobre el país juntamente con la supresión de la actividad de los partidos, la persecución de los dirigentes obreros no afectos y la regulación del periodismo²⁰.

Crisólogo Larralde, por su parte, en “Antecedentes de la política social argentina. Realidad de la obra realizada antes y después del 4 de junio de 1943” recordaba que la justicia social lejos estaba de ser una invención del Secretario de Previsión Social (“en materia de sueldos y salarios, como en materia de legislación social”, afirmaba, “los hombres vienen luchando desde los tiempos de Adán y Eva”), y para demostrar cuán poco innovaba el gobierno de junio en ese aspecto se encargaba de recordar la larga serie de medidas sociales que desde 1905 hasta 1943 habían sido implementadas por gobiernos de signos del todo diversos. Hay también otro elemento que vuelve interesante la intervención de Larralde, que aunque no aparezca del todo explicitado aun así es lo suficientemente notorio como para dar cuenta de él: si juzga necesario emprender ese ejercicio de memoria es porque lo corroe la duda de que efectivamente los trabajadores están siendo receptivos al mensaje impartido desde la Secretaría de Trabajo y Previsión, que postula que antes del gobierno surgido de la revolución de junio poco y nada se había hecho para mejorar la calidad de vida de las clases trabajadoras. Así lo deja entrever cuando, frente a aquellos que “se empeñan en demostrar” que en las manifestaciones populares del 17 y 18 de octubre los que en ellas participaron “no fueron el pueblo ni los obreros auténticos”, Larralde (apelando a la autoridad que le da ser él mismo “hijo de una inmigrante que trabajó como sirvienta y de un obrero que hace ocho años perdió su vida mientras conducía un carro”), afirma que “en esa multitud que desfiló encontró gente de pueblo. El autor de este artículo se encontró a sí mismo en los niños de zapatillas rotas y mal vestidos; en muchos o en todos los que fueron tildados de descamisados”. El peronismo, mal que les pesara a él y a sus compañeros intransigentes, estaba encontrando en los obreros a un público

²⁰ “Justicia social sin dictaduras”, en *Nueva Palabra*, 30 de Junio de 1945, pág. 3. En similares términos se expresaba el Núcleo Intransigente de la Provincia de Córdoba en un manifiesto de noviembre de 1945, en el cual sostenía que “frente a esta labor de movilización de ‘masas’ para el aprovechamiento personal” realizada por el gobierno, la UCR “opone, desde la epopeya irigoyeniana, la rehabilitación total del hombre; pone en sus manos la libertad política, y dignificando la ciudadanía como nadie lo hizo, lo deja en condiciones de poder decidir su propio destino. La llamada reforma social del actual gobierno lo despoja de este atributo y lo priva de esa libertad (...) Por todo ello no se puede comparar la llamada reforma social de la Secretaría de Trabajo y Previsión con la efectiva y única revolución social realizada en el país por la UCR. Esta revolución se llevó a cabo dentro de la ley y del respeto a todos los derechos, y sin exaltar odios de clases (...) como lo ha hecho (con técnica totalitaria) ese organismo social del Estado” (“Manifiesto del Núcleo Intransigente”, Noviembre de 1945, pág. 9).

dispuesto no sólo a recibir positivamente la serie de medidas impartidas desde la Secretaría de Trabajo y Previsión, sino también a defenderlas activamente en caso de percibir las bajo amenaza.

Al reconocer ese hecho, Larralde venía a admitir tanto un punto a favor del gobierno como un déficit del propio grupo intransigente. En efecto, el peronismo enfrentó a sus opositores no sólo con sus límites en el plano del discurso, sino también con insuficiencias en el nivel de la construcción política: pese a que en la prédica de la juventud radical, la “clase trabajadora” había ocupado un lugar prioritario, en rigor, los vínculos que esta juventud había logrado establecer con sectores obreros o populares eran muy reducidos, casi inexistentes²¹. Pese al rechazo que en ellos suscitaba el perfil “electoralista” asumido por el radicalismo, que traía aparejado (como no se cansaba de denunciar Lebensohn) un vínculo “espurio” con las huestes partidarias y el ascenso de dirigentes desprovistos de las virtudes morales e intelectuales que ellos juzgaban imprescindibles para asumir puestos de conducción, los jóvenes radicales poco pudieron hacer para modificar ese perfil consolidado en los casi tres lustros de vigencia efectiva de la Ley Sáenz Peña²². Perón aparecía, en este contexto, con una propuesta más sólida, uniéndolo a su retórica pro-obrera una base de apoyo acorde a ella.

Esos límites se hicieron evidentes y cobraron estado de alerta cuando grandes contingentes de sectores de la intransigencia comenzaron a migrar hacia el peronismo. Nicolás Babini recuerda: “La intransigencia que encontré al incorporarme [en la primera mitad de 1945] a sus filas era, en gran parte, la que había resistido la tentación del peronismo, a veces a costa de un tremendo esfuerzo de voluntad...” (1984: 18). Arturo Jauretche, por su parte, confirma que los grupos que conformaron la Junta Renovadora

²¹ Incluso FORJA, que había sido la agrupación que más seriamente había intentado establecer puentes con el mundo obrero, pudo recoger frutos muy limitados en este campo. Hernández Arregui asegura que FORJA “en el terreno de la acción política, confiaba más en la juventud de la clase media que en las masas trabajadoras” (1960: 316). Y el mismo Jauretche reconoce que, aunque FORJA había logrado concitar la atención de algunos dirigentes sindicales, “no había un público gremial para nuestras ideas” (2011 [1972]: 131).

²² Tulio Halperín Donghi ofrece una interesantísima reflexión, válida tanto para el caso del radicalismo como para el del resto de los partidos políticos, acerca de las razones que llevaron a éstos a no prestar atención a los nuevos sectores sociales surgidos en la década del 30. En el marco de la República del fraude instaurada en 1932, “no sólo faltan (...) los estímulos que hubieran podido llevar a partidos que auténticamente dependieran del favor del electorado a adaptar sus propuestas a un contexto económico, social y cultural en rápida transformación, sino (lo que es aún más decisivo) que la duradera gravitación del insoluble dilema originario, que hace que el problema creado por la falsificación electoral conserve prioridad en la agenda política tanto de los perjudicados como de los beneficiados por ella, hace aún más difícil desviar la atención hacia ese cambiante contexto” (2004: 275).

(la rama de la UCR que apoyó a Perón), eran “fácilmente la mitad del radicalismo y sobre todo, su parte más joven. Así, el más caracterizado era el de la junta renovadora de la provincia de Buenos Aires” (2011 [1971]: 152, subrayado nuestro).

Uno de los móviles para la conformación del MIR fue entonces detener la hemorragia de militantes hacia el bando peronista. Se explica así la insistencia con que en sus manifiestos aparece la condena al “colaboracionismo”. En la *Declaración de Avellaneda*, por caso, se afirma la “convicción de que la Unión Cívica Radical no debe participar en gobiernos que no hayan surgido de sus propias filas” (cit. en De Titto, 2010: 149)²³. Además, también la interna partidaria reclamaba una acción más decidida y contundente. En efecto, todo parecía indicar que la dirección de la UCR se encaminaba hacia una alianza con el resto de los partidos “democráticos”; en tanto siguieran dispersos, poco podían hacer los intransigentes para oponerse a lo que ellos consideraban era el principal error en que podía caer la UCR: avanzar hacia una alianza con el resto de los partidos. En la *Declaración de Avellaneda* manifiestan su “oposición a que la UCR concierte pactos o acuerdos electorales ya que en el juego normal de las instituciones el país debe estar gobernado por partidos orgánicos”²⁴.

Los propósitos para la formación del MIR fueron, en definitiva, escapar del movimiento de pinzas en que se encontraban los intransigentes: acicateados tanto por el ascenso del peronismo como por el oficialismo partidario, buscaron, con la formación de una agrupación propia de alcance nacional, sostener, frente al peronismo, la viabilidad de una alternativa capaz de hacer converger los ideales de la justicia social y democracia política; y, frente a sus oponentes radicales, evitar que el radicalismo se confundiera con el resto de los partidos “democráticos” lanzados en la campaña opositora, la cual cada vez escondía peor las posiciones socialmente conservadoras que

²³ Asimismo, en el documento producido luego de la reunión de Avellaneda del Movimiento Renovador en agosto de 1945 se dice que “la primera y fundamental reclamación de la UCR es la de la plena vigencia de la soberanía popular (...) Los radicales, por lo tanto, deben mantenerse alejados del actual gobierno, luchando desde las filas del partido y junto al pueblo para la plena vigencia de los principios institucionales” (cit. en De Titto, 2010: 150). También en la *Declaración de Rosario*, elaborada luego de la reunión del MIR en esa ciudad, dedican un párrafo al asunto: “Condenamos la tentativa de quienes llamándose radicales intentan extraviar a la opinión pública invocando un radicalismo que traicionan en su historia y en su esencia al colaborar con la dictadura” (cit. en De Titto, 2010: 153).

²⁴ Similares conceptos se sostienen en el documento elaborado luego de la reunión de Avellaneda de agosto de 1945; allí se afirma que la UCR “debe mantener sin declinación la totalidad de sus propósitos de reparación nacional (...) no aceptando pactos ni acuerdos electorales” (cit. en De Titto, 2010: 151).

Sebastián Giménez. La juventud radical y la conformación del Movimiento de Intransigencia y Renovación.

Papeles de Trabajo, Año 5, N° 8, noviembre 2011, pp. 72-91.

iba adquiriendo²⁵. El MIR, en conclusión, fue un intento de “medias tintas” que buscó construir un espacio intermedio entre el peronismo y la cruzada opositora.

A modo de conclusión

Sabemos que ese intento resultó, por lo menos en el corto plazo, un fracaso. Pese a las reticencias que manifestaron hasta el último momento, los intransigentes terminaron finalmente transigiendo en su negativa a la formación de alianzas y se sumaron a la Unión Democrática constituida a fines de 1945. Este hecho es comprensible: los jóvenes que habían renegado de la máquina radical a favor de una construcción más transparente con otros sectores sociales, habían podido sumar muy pocos apoyos más allá de los círculos universitarios; desprovistos de bases propias, carcomida su línea política por el arrebato que Perón logró eficazmente realizar tanto de sus cuadros políticos como de sus banderas, prácticamente no tuvieron otra alternativa, llegado el momento de las decisiones, que acompañar la línea acordada por la dirigencia partidaria, en manos de los unionistas.

No sería, sin embargo, del todo justo hacer recaer la deriva del proyecto intransigente en sus propias responsabilidades. La polarización extrema del escenario político, visiblemente manifiesta luego del 17 de octubre de 1945, daba muy pocas chances a todo proyecto que planteara “grises” en la arena política. Lo cual también se dejó sentir en la campaña electoral de los meses de enero y febrero de 1946. Pese a que la intransigencia estimuló el debate interno, e intentó introducir matices en la caracterización que desde el espacio opositor se realizaba del peronismo, poco pudo hacer para imprimir un sesgo progresista a una alianza formada por partidos que a lo largo de todo el año anterior habían prestado su solidaridad a las “fuerzas vivas” y se habían opuesto a las medidas sociales que Perón implementaba desde su puesto en la Secretaría de Trabajo y Previsión Social. El radicalismo, en definitiva, a pesar del esfuerzo hecho por la intransigencia, terminó *confundido* con resto de los partidos de oposición.

²⁵ Sobre el tema, véase Torre (2006 [1990]).

Fuentes y Bibliografía

Fuentes (ordenadas por fecha)

PROYECTO DE REFORMAS A LA CARTA ORGÁNICA. Presentado a la Convención de la Capital por los convencionales de la mayoría de la Sección 12ª, señores Juan A. Pasalacqua, Luis Isetta, Oscar Lopez Serrot, Lorenzo Ignacio Lloret, Manuel A. Vigo, Emilio Calderón, Francisco Demarco, Nicolás Villa, Carlos Alberto Ferrarotti, Lázaro Descalzo, Francisco De Martino y José M. Rodríguez, Buenos Aires, 1º de Agosto de 1934 (32 págs.).

ATILIO GARCÍA MELLID, *Carta abierta al Presidente de la Convención Nacional de la Unión Cívica Radical*, Dr. Honorio Pueyrredón, Buenos Aires, 18 de febrero de 1935 (3 págs.).

ARTURO FRONDISI, “Forma y contenido de la democracia”, en *Un Clarín Radical*, Segunda época, Octubre de 1935, Año 3, N° 2-3 (págs. 33-36)

FORJA, *Al pueblo de la República. Manifiesto de la Fuerza de Orientación Radical de la Joven Argentina*, 2 de septiembre de 1935 (31 págs.).

LUIS LIZZA, *Mi renuncia*, carta dirigida al Dr. Mario Jiménez, presidente del Comité de la Circunscripción 5ta de la UCR Metropolitana, 24 de diciembre de 1936 (5 págs.).

UNIÓN CÍVICA RADICAL, Actas de Convenciones Nacionales, Segunda Sesión Ordinaria, 24 de Mayo de 1937 (21 págs.).

MOISÉS LEBENSOHN, *Problemas del radicalismo. Discurso inaugural del V Congreso de la Juventud Radical de la provincia de Buenos Aires*, Edición Democracia, Chivilcoy, 1942.

ARTURO FRONDISI, “Justicia social sin dictaduras”, en *Nueva Palabra*, 30 de Junio de 1945 (1 págs.).

“MANIFIESTO DEL NÚCLEO INTRANSIGENTE”, Junta Provincial de la Unión Cívica Radical de la Provincia de Córdoba, noviembre de 1945 (12 págs.).

CRISÓLOGO LARRALDE, *Antecedentes de la política social argentina. Realidad de la obra cumplida antes y después del 4 de junio de 1943*. Avellaneda, diciembre de 1945 (30 págs.).

Bibliografía

ABOY CARLÉS, Gerardo (2001): *Las dos fronteras de la democracia argentina. La reformulación de las identidades políticas de Alfonsín a Menem*, Rosario, Homo Sapiens.

ALTAMIRANO, Carlos (2001): *Bajo el signo de las masas*, Buenos Aires, Ariel.

——— (1998): *Arturo Frondizi. O el hombre de ideas como político*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.

AZZOLINI, Nicolás (2010): *La antesala de la fiesta. El antiperonismo en las elecciones presidenciales de 1946*, Tesis de Maestría, IDAES/UNSAM.

BABINI, Nicolás (1984): *Frondizi, de la oposición al gobierno*, Celtia, Buenos Aires.

BERGEL, Martín y MARTÍNEZ MAZZOLA, Ricardo (2010): “América Latina como práctica. Modos de sociabilidad intelectual de los reformistas universitarios (1918-1930)”, en ALTAMIRANO, C. (comp.), *Historia de los intelectuales en América Latina II Los avatares de la “ciudad letrada” en el siglo XX*, Buenos Aires, Katz.

Sebastián Giménez. La juventud radical y la conformación del Movimiento de Intransigencia y Renovación.

Papeles de Trabajo, Año 5, N° 8, noviembre 2011, pp. 72-91.

- BISSO, Andrés (2005): *Acción argentina. Un antifascismo nacional en tiempos de guerra mundial*, Buenos Aires, Prometeo.
- BREGLIA, Renzo (1999): *Cruzada Renovadora de la UCR. Es historia porque pudo haber ganado*, Buenos Aires, Ediciones Theoria.
- CATTARUZZA, Manuel Alejandro (1992): *Hechos e Ideas (1935-1941). Una aproximación al pensamiento político argentino*, Tesis de Posgrado, Instituto T. Di Tella.
- DEL MAZO, Gabriel (1975 [1956]): *El radicalismo. Ensayo sobre su historia y doctrina*, Buenos Aires, Ediciones Cardón, 1975 (6 tomos).
- DE TITTO, Ricardo (comp.) (2010): *El pensamiento del radicalismo*, Buenos Aires, El Ateneo.
- GARCÍA SEBASTIANI, Marcela (2005): *Los antiperonistas en la Argentina peronista. Radicales y socialistas en la política argentina entre 1943 y 1951*, Buenos Aires, Prometeo.
- GRACIANO, Osvaldo (2008): *Entre la torre de marfil y el compromiso político. Intelectuales de izquierda en la Argentina de 1918-1955*, Buenos Aires, Prometeo.
- HALPERIN DONGHI, Tulio (2006 [1994]): *La larga agonía de la Argentina peronista*, Buenos Aires, Ariel.
- (2004): *La República imposible (1930-1945)*. Buenos Aires, Ariel.
- (2000 [1972]): *La democracia de masas*, Buenos Aires, Siglo XXI.
- (1999): *Vida y muerte de la República verdadera (1910-1930)*, Buenos Aires, Ariel.
- HERNANDEZ ARREGUI, Juan José (1960): *La formación de la conciencia nacional (1890-1960)*. Buenos Aires, Hachette.
- HOBBSAWM, Eric (2003): *Años interesantes. Una vida en el siglo XX*, Barcelona, Crítica
- JAURETCHE, Arturo (2011 [1971]): “Reportaje”, en JAURETCHE, Arturo, *Escritos inéditos*, Buenos Aires, Corregidor.
- LUNA, Félix (1975 [1969]): *El 45. Crónica de un año decisivo*, Buenos Aires, Sudamericana.
- LUNA, Félix (1956): *Alvear*, Buenos Aires, Libros Argentinos.
- PERSELLO, Ana Virginia (2007): *Historia del radicalismo*, Buenos Aires, Edhasa.
- (1996): *El radicalismo en crisis, 1930-1943*, Rosario, Editorial Fundación Ross.
- PISARELLO VIRASORO, Roberto y MENOTTI, Emilia (1984-1994): *Arturo Frondizi. Historia y problemática de un estadista (7 Volúmenes)*, Buenos Aires, Depalma.
- SCENNA, Miguel Angel (1983): *FORJA. Una aventura argentina (de Yrigoyen a Perón)*, Buenos Aires, Editorial de Belgrano.
- SIGAL, Silvia (2002): *Intelectuales y poder en Argentina. La década del sesenta*, Buenos Aires, Siglo XXI.
- TCACH, César (1999): *Amadeo Sabattini. La nación y la isla*, Buenos Aires, FCE.
- TORRE, Juan Carlos (2006 [1990]): *La vieja guardia sindical y Perón. Sobre los orígenes del peronismo*, Buenos Aires, Eduntref.
- (1995): “Prefacio”. En J. C. Torre (comp.), *El 17 de octubre de 1945*, Buenos Aires, Ariel.